

conocen el carácter precursor de la literatura chilena hasta el presente, pero no por ello se creen obligados a estudiarla con los exclusivismos de una crítica absolutista. Y dan muestra de igual moderación al examinar las novísimas tendencias; tratan sinceramente de comprenderlas y de interpretarlas con toda justicia y con toda simpatía.

Es de loar la publicación de obras de tan destacado mérito como la de Domingo Melfi y debe ser alentado todo esfuerzo por darle libre circulación en el mercado de las dos Américas. Sería injusto insistir sobre defectos que ni siquiera se advierten en una lectura corriente. Apunto tan sólo el hecho de que este hermosísimo volumen sería elemento de aún más útil referencia entre los estudiosos de las literaturas americanas, si indicara el autor con más precisión la cronología de los fenómenos literarios. Sería fácil, por ejemplo, poner entre paréntesis, después de cada nuevo título citado en el texto, la fecha de su publicación. Dicho lo cual, nos apresuramos a decir que merecen el distinguido autor y la Casa Editorial Nascimento nuestros calurosos aplausos por esta primera serie de *Estudios de literatura chilena*. Esperemos con impaciencia la aparición de las sucesivas series que nos promete Melfi.

THEODORE ANDERSSON,  
American University,  
Washington, D. C.

RAFAEL ARÉVALO MARTÍNEZ, *Viaje a Ipanda*.—Guatemala, Centro Editorial, S. A., 1939. 228 pp.

A pesar de que el narrador de esta historia es Manuel, el mismo de *El mundo de los maharachías*, y aunque en esta novela se refiere con frecuencia a los maharachías, el *Viaje a Ipanda* forma un todo aparte, completo en sí. Además, el argumento de aquélla gira sobre la vida de Manuel entre los maharachías y trata del individuo y sus reacciones en medio de esa raza sobrehumana, mientras en ésta se fija la atención en los problemas sociales, económicos y políticos, que nos expone Manuel como intérprete de la sociedad ipandesa.

Ipanda es la escena de la acción, la tierra de promisión, en un mundo actual traducido en términos del pasado remoto. Mejor dicho, el asunto de la novela es la representación de cómo pudiera ser este mundo en un día futuro no muy lejano del de hoy (aunque se supone que la fecha antedata la era de Atlantis, ya que tiene que ser contemporánea con la supuesta era de *El mundo de los maharachías*), y las naciones en ella mencionadas llevan seudónimos pero tienen sus prototipos actuales. Puede decirse que la historia es un *roman à clef*. Pero una reseña no ofrece lugar para discutir tal cuestión; García-Prada piensa escribir un ensayo sobre ella. La historia es como sigue:

Mahma Arón, patriarca maharachía y protector de Manuol, el lucío, envía a éste a Ipanda con Hernón, indígena de aquella tierra venido a consultar con Arón (costumbre común entre los ipandeses superiores) sobre un asunto particular, para que pueda Manuol conocer las costumbres, la organización social y política — en fin, toda Ipanda. Desde su llegada a Soler, capital ipandesa, Manuol nos cuenta lo que observa, experimenta y consigue saber allí. En la capital hay dos razas, la indígena, blanca, alta y rubia, y la inmigrante, morena y amarilla. Entre los indígenas conocemos a la familia de Hernón: su esposa Dansesca, su hijo Zador y su hija Seda; a Bolisario, presidente de Ipanda y gran estadista de renombre internacional, y a su esposa Cota. De la raza inferior conocemos a Trémel, joven fuerte de grandísimas potencias intelectuales y uno de los jefes del partido obrero. Hay otros personajes de menor categoría y no tan vivamente dibujados como aquéllos.

Se nos habla de la vida ipandesa, de su historia desde hace unos pocos lustros. Ya Ipanda, años ha, siguiendo los planes de Bolisario y bajo su jefatura, ha iniciado una Liga de Naciones con la ayuda de varios poderosos países amigos. Esta Liga vigila la paz mundial, pero no interviene en los asuntos interiores de ninguna nación; ejerce el poder militar más grande del planeta, introduce proyectos de interés internacional, y funciona de árbitro cuando surge algún conflicto entre los países. Su ejército y su armada se componen de fuerzas expensadas por los gobiernos de todo el mundo, las de cada país proporcionadas a su población y riqueza. Así es que esta Liga no tiene nada que ver con la de nuestro pasado inmediato: es fuerte, potente, y además de concebir planes para el bien universal, sabe y puede ejecutarlos.

Uno de los proyectos de la Liga, por ejemplo, es el imponer una sola lengua universal; no un idioma artificial — porque le faltaría a tal idioma "ese algo divino" proveniente del pueblo —, sino una de las cuatro lenguas más difundidas, la que más conviene por su sonoridad, dulzura, uniformidad, riqueza y elegancia. El ipandés posee tales cualidades, y desde luego es el idioma escogido, agregándose a él las voces más onomatopéyicas de las otras lenguas. Por este medio los pueblos del mundo, una vez acostumbrados a la idea y al idioma, se sienten más hermanos, menos extranjeros, más amigos y menos enemigos.

A pesar del gobierno mundial por la Liga, los Estados individuales conservan sus organizaciones gubernativas, rigiendo cada una a su propio pueblo. Pero Ipanda, especialmente, siente el efecto consiguiente al gobierno de la Liga en su vida interior. Como la Liga ha borrado las fronteras efectivamente — a pesar de existir todavía límites nacionales geográficos — y no hay en el mundo ni aduanas ni restricciones sobre la inmigración, Ipanda sufre por ser la tierra más bendita del mundo. A ella ha acudido una horda de los que antes se llamaban inmigrantes indeseables, que ahora forman la oposición política en Ipanda. De esto surge claramente un conflicto entre los indígenas, demócratas y acostumbrados a gobernar, y los recién venidos, raza de color e inferior. La

afluencia de los inmigrantes a Ipanda creó una crisis económica que ya ha pasado, pero la tensión todavía se siente en el ambiente.

Por supuesto, Ipanda es una democracia, ya que el autor mismo, como nos dice en una página preliminar, se declara "En política, democrata... En economía, liberal". En esta democracia, pues, donde hay sufragio universal y obligatorio, que todo ipandés considera deber sagrado, Arévalo Martínez desarrolla sus ideas sobre pedagogía, economía, política, derecho y religión. (Naturalmente, en los meses que han transcurrido desde que salió a luz este libro, muchas de sus soluciones se hallan desvirtuadas por los acontecimientos políticos y militares internacionales, y sin embargo, bien vale hacer un examen de ellas. Hace demasiado tiempo que se considera al poeta de Guatemala como "raro" nada más; ahora el poeta se hace pensador político, y sus pensamientos tienen importancia).

En Ipanda—como decíamos—hay democracia, sí, pero ha de entenderse teniendo en cuenta que "el derecho de cada hombre acaba donde empieza el de los demás", porque todo, incluso el bien y el mal, es relativo, no absoluto, en el mundo. La propiedad particular existe, y es sagrada, pero no existen enormes fortunas a causa de la limitación de la riqueza a medio millón de "enandas" por cabeza; lo sobrante se paga al Estado y se usa para aliviar el dolor, el hambre, etcétera. Reciben los sueldos más grandes los jueces, los maestros y los obreros que ejecutan servicios penosos, porque son estas profesiones las más arduas e importantes; gracias a eso la administración de justicia es rápida y eficaz, la enseñanza es la mejor posible, y en el trabajo penoso no cabe idea alguna de degradación social. La educación pública (en esta "era de la simplificación", reacción contra "la de la complicación") reconoce todavía en cierto modo las clases sociales, pero estimula y ayuda a los alumnos de mayor habilidad; y la diferencia entre las clases consiste en que el hijo del obrero de mentalidad media o inferior no puede cursar estudios superiores, mientras el hijo del rico de mentalidad igual sí.

Pero este mundo ideado no es ideal, no es del todo utópico, ni en el sentido literal ni en el metafórico de la palabra, porque, como ya queda dicho, es el mundo actual interpretado en términos pretéritos, y problemas y conflictos los hay, y graves, como resultado del nuevo orden mundial. En Ipanda surge en la política la raza de color, desafiando el gobierno "de los mejores" y amenazando la seguridad nacional.

Con este conflicto de intereses políticos y sociales está entrelazado el hilo del conflicto de intereses personales de varios individuos. Bolisario, el héroe ipandés, presidente de la nación, hombre entero al parecer, tiene una debilidad: su esposa, Cota. Esta, en relaciones con Hofernes, jefe de la raza inferior, precipita la crisis política y marital, arruinando a Bolisario. Trémel, brillante joven de color, lleva la tragedia cruel a la casa de Hernón y luego se destruye. Y con la pérdida de Bolisario y Trémel va a perder también Ipanda su orden apacible en una guerra ci-

vil, si no es por Hernón, la sola esperanza del partido indígena. Aquí acaba el libro con una nota semi-optimista.

Entre los personajes de la historia, cinco son inolvidables: Bolisario, hombre de acción, de quien se pudiera decir que piensa por medio de la acción; Hernón, digno, simpático, menos pronto a la acción, pero quizá más sabio que Bolisario; Trémel, de carácter impresionante, violento, intelectual, pero también pronto a actuar; Seda, hija de Hernón y amada de Trémel, mujercita buena, dulce y bella; y Cota, esposa de Bolisario, mujer que más bien parece una fuerza elemental, amoral como todo elemento natural. Ya en *El mundo de los maharachías* había creado el autor dos personajes femeninos sobresalientes: Aixa e Iabel, encarnaciones respectivamente de los elementos espirituales y sensuales del amor. Aquí hay analogía, pero no precisamente paralelo: Seda y Cota representan también dos polos opuestos. Aquélla es la luz del amor, mujer que tiene en sus ojos una "expresión de gozo angélico, de bienaventuranza, de disfrute celestial". Cota, al contrario, es el instinto físico del amor, hembra que muestra en sus ojos sensuales un alma como "la que se asoma al húmedo ojo de las lagunas..."; es cósmica: "cuando nosotros afirmamos al individuo ella afirma a la especie; cuando nosotros creemos afirmar a la especie, ella afirma a la tierra, a la tierra y a las estrellas al mismo tiempo..."; es una fuerza natural irreflexiva, irrazonada, irresistible. Además, lo repito, es inolvidable, retratada con mayor maestría, quizás, que Seda. Estas, pues, son los catalizadores que precipitan la tragedia; son causas inconscientes, involuntarias, porque tan sólo siguen su propia naturaleza, de lo cual, inevitablemente, resulta la tragedia, dados los otros personajes de la historia. Si ellas precipitan la tragedia, es porque los hombres no son invulnerables, no tienen voluntad bastante egoísta para resistir la pérdida de la mujer deseada. El derrumbe de Bolisario se debe a su propia debilidad, no siendo Cota más que el instrumento. Casi lo mismo puede decirse de Trémel. Le destruye el fracaso definitivo de su amor desahuciado, pero lo verdaderamente trágico está en la destrucción simultánea de la inocente Seda.

Aunque los retratos de estos personajes dejan tan honda impresión —y por eso les concedo tanto espacio aquí—, lo más trascendental para muchos lectores será el cuadro internacional que nos pinta el autor. En parte novela, el libro, dentro de su forma novelística, es también tratado socio-religioso-económico-político. El valor de las ideas en él expresadas no lo discuto yo, porque no soy bastante perito en tales cosas; más vale que todo demócrata lea el libro y forme sus propias opiniones. No cabe duda que son de tremendo interés para todo el que siente resonar en sí las actuales condiciones mundiales.

Lo que probablemente ha de durar aún más, porque perdura la literatura cuando quedan olvidados muchísimos tratados políticos, es la creación de caracteres llevada a cabo en esta novela. Es verdad que la trama de la acción novelística se interrumpe muchas veces con las charlas de Hernón, explicándole éste a Manuel los aspectos y los detalles de

la vida ipandesa. Y sin embargo, pasada la mitad del libro, entra el escritor más plenamente en el campo de la novela propiamente dicha, y la acción, en cuanto a lo que afecta a sus protagonistas, marcha hacia su fin determinado, desarrollada, como es de suponer, en el lenguaje inimitable que hemos aprendido a esperar siempre de la pluma de Arévalo Martínez.

L. LOMAS BARRETT,  
Princeton University.

HUMBERTO SALVADOR, *Noviembre y Trabajadores. Recuerdos de un muchacho desvalido*.—Quito, Editorial L. I. Fernández, 1939, 379 pp. 1940, 245 pp.

Noviembre, mes trágico para el pueblo ecuatoriano. Ya en otro mes de noviembre los trabajadores de Guayaquil murieron a millares en una espantosa *massacre*. Esta vez los trabajadores de Quito fueron los que sufrieron en otra matanza inútil. Los gobernantes prepararon una rebelión del regimiento y dijeron después que se trataba de una revolución comunista y la culpa cayó sobre éstos. *Noviembre* es una obra en la cual se desborda el odio de Humberto Salvador hacia el capitalismo. Se vale de Marta y de Alberto para pintarnos de manera elocuente la corrupción en que viven las altas clases sociales, el ambiente de podredumbre que las rodea y la farsa política que hunde a los pobres y salva a los ricos, que juega con la vida, el dolor y el hambre de los trabajadores. Los dos jóvenes son pobres, pero quieren triunfar y saben que para no fracasar hay "que conquistar a los poderosos, fingir que se les ama, dejarse querer por ellos", vivir esa misma vida de corrupción y degeneración en que ellos viven. Los que están en el poder son hombres cuyo ideal es hacerse ricos y poder gozar de todos los placeres, hombres que no saben lo que son los ideales contra los cuales combaten, para quienes las mujeres son sólo objeto de placer, los indios objeto de explotación, y la política una manera segura de hacerse millonarios. Si hay hambre y miseria en el país, ellos no quieren saberlo, porque "hablar del Ecuador hambriento es sólo falta de patriotismo".

\*  
\* \*

Humberto Salvador empieza su novela *Trabajadores* con estas palabras: "los trabajadores de todos los países, crearemos la nueva humanidad". Es la vida de los trabajadores de Quito lo que el autor nos presenta en toda su espantosa realidad. Es la miseria y la tortura en que vive la parte de Quito que sólo los pobres conocen. El autor analiza el alma torturada del héroe, de su familia y de todos los que tienen que sufrir la miseria y la injusticia social que predominan en la sociedad ca-